

Francisco Sánchez Juárez

SAN PEDRO
Y EL
PONTIFICADO ROMANO

MADRID 1904

Caj. 604/24

R
67356

Francisco Sánchez Juárez

**SAN PEDRO
Y EL
PONTIFICADO ROMANO**



MADRID 1904



SAN PEDRO

Y EL

PONTIFICADO ROMANO

Sermón predicado en los solemnes cultos que tuvieron lugar en la Iglesia Pontificia de esta corte, el día 29 de Junio de 1894, con asistencia del Emmo. Señor Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza, y del Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de Su Santidad.

Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

(MATTH., XVI, 18.)

EMINENTÍSIMO SEÑOR:

SEÑOR EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO:

Uo amo á mi patria con todo el amor de mi corazón. Cautivanme con indefinible encanto su cielo, sus montañas, sus campiñas, sus ríos, sus villas y sus ciudades; y, como si ella también tuviese un corazón que latiera, concibo que me ama con santo amor de madre y que me protege con una fuerza invencible. La fragancia de sus auras trae la alegría á mi seno; las grandezas y los esplendores de su historia afirman en mi pecho los sentimientos de la hidalguía: sus reveses y sus infortunios eslabonan en mi espíritu las ideas del honor con las ideas del sacrificio. En todo suelo se lucha, en toda patria se llora, porque esta vida es peregrinación y milicia, y la desgracia y el dolor son nues-

tra herencia: pero las lágrimas que en mi patria he derramado están superabundantemente compensadas con los júbilos suavísimos que ha hecho sentir á mi alma; y si alguna vez conté enemigos que en ella me combatieran, su recuerdo se desvanece en mi mente con la memoria de los que me favorecieron y ayudaron. Yo sé que otros Imperios son hoy más temidos y poderosos; yo sé que otros países están más bordados de lagos y son más ricos de perspectivas: pero en ninguna de cuantas naciones estudio, contemplo virtudes cívicas tan excelsas, ni encuentro una literatura tan sana, ni veo rayar á tanta altura los rasgos heroicos y magnánimos: rasgos que en mi patria exceden á cuanto ha podido soñar la fantasía é idealizar la leyenda, y que hoy, lo mismo que hace tres siglos, han constreñido á los historiadores protestantes á llamar á la católica España *el país de los caballeros*.

Perdonadme ahora, señores, si creéis vosotros que no es así como debía tener comienzo una oración sagrada. Pero ¡ah! en esta solemnidad piadosa, donde nos congregamos para venerar la memoria del primer Vicario de Cristo; en este espacioso templo, por el que nuestra imaginación ve cruzar la sombra protectora de los Pontífices Romanos; ante ese representante augusto del Doctor Universal de la Iglesia, del Maestro siempre infalible cuando explica los arcanos de la fe divina y cuando vela por la pureza de la moral cristiana; después de esa visita inolvidable, ardiente testimonio de una adhesión sin límites, que la religiosa España acaba de hacer al adorable anciano de la Ciudad Eterna, el cual abría como un paréntesis sublime de sus propios dolores, para vivir en esos días de nuestro entusiasmo y nuestro júbilo (1), y de cuya pluma brotaron entre lágrimas frases de sabiduría y amor, que son escudo

(1) «En este mes — decía nuestro Santísimo Padre León XIII á los Obispos españoles que han ido á Roma acompañando la Peregrinación Nacional Obrera de este año, — en este mes no pienso más que en vosotros; en estos días *soy español: hispanus sum.*» Carta-Pastoral de dichos Reverendos Prelados, fechada en Sevilla, á 18 de Mayo.

para nuestros Reyes, cantos para nuestra historia, estímulo para nuestra piedad, bendición para nuestros hogares; ante este cuadro, repito, mi alma y mi sér enteros, movidos por irresistible impulso, quisieran llevar por todos los ámbitos de la tierra este sentido grito: *¡Soy español!*; y nadie puede amar más, ni acaso sepa amar tanto á los sucesores de Pedro, como le aman los hijos fidelísimos de la antigua Hesperia. Yo acato su autoridad con la sumisión más completa; yo vierto por sus pesares mi llanto más sincero; yo pido para su vida la paz de Melquisedec y la longevidad de Aarón: mi patria, mi cara patria, habrá de mirarlo siempre como á mediador y padre: mi patria, mi agradecida patria, tendrá siempre para él un asilo seguro, donde abundarán las consolaciones y todo lo suplirá el amor. Lo que yo lamento con mi patria es no poseer el secreto de dar al sabio y bondadoso León XIII todas las dichas que alcanzaron Inocencio III y Pio V; lo que mi patria y yo lloramos es no poder devolver al Pontífice-Rey todos los resplandores y todos los derechos de su triple é inmarcesible corona.

Vamos ahora nosotros á recrear nuestro ánimo con el examen de los hermosos orígenes y los irrecusables títulos que presenta el Pontificado á la admiración de los hombres y á la gratitud de los pueblos. Mas, surgiendo necesariamente estos conceptos de la festividad gloriosa que celebra en este día la Iglesia, justo es que en algún modo preceda á la apología el panegírico, y después de considerar brevemente cómo Pedro corresponde á la elección con que el Divino Maestro se dignó distinguirlo, veremos cómo los sucesores de Pedro difunden y perpetúan entre la humanidad las grandezas y ternuras del Evangelio de Cristo.

Imploremos antes los sobrenaturales auxilios, por la intercesión de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, á la cual saludaremos con el Ángel:

Ave gratia plena, etc.

I

EMINENTÍSIMO SEÑOR:

SEÑOR EXCELENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO:

¡Qué misión tan importante y tan magnífica ha cabido á los Apóstoles de Jesús en la obra maravillosa de la redención del mundo, después que el soplo impetuoso del Paráclito hizo descender sobre sus frentes un bautismo de llamas!

¡Ah! Nosotros sabemos bien cómo San Pablo forma cristianos en Atenas la sabia, y en Corinto la opulenta; cómo Santiago evangeliza la Judea, y recibe una corona inmortal en la montaña de Sión; cómo el Evangelista Juan fija su Silla en la monumental Efeso, haciendo estremecerse el templo de Diana; cómo Andrés lleva la verdad á la Escitia y á los países bañados por las olas del Mar Negro; cómo Bartolomé publica la Buena Nueva en los arenosos desiertos de la Arabia; cómo Tadeo recibe en sus predicaciones el arrullo de las palmeras de la Idumea y el perfume de los valles de la Mesopotamia; cómo Tomás, penetrando hasta las Indias, siente que besan sus pies las espumas de aquellos extensos mares; cómo, en fin, entre los doce han dominado las prevenciones y los odios del filósofo griego, del doctor judío, del sacerdote egipcio, del sabio de Oriente, del patricio de Roma, del esclavo bárbaro, del ilota oprimido, del poderoso César (1). ¡Ah, señor Eminentísimo! ¡Cuán grande debía ser el corazón de Pedro, y cuán ardiente su amor, para haber presidido, en nombre y con autoridad de Cristo, aquel Colegio sagrado! Detengámonos, pues, un tanto á contemplar la gigantesca figura del varón predestinado para ser el primer Vicario de la Iglesia cristiana.

Acariciado por las templadas brisas que descendían de las cumbres de Nephtalí, tenía Pedro todas aquellas vehe-

(1) Champagny, *Les Cesars*.

mencias que caracterizaban á los hijos de la gentil Bethsaida, donde se meció su cuna; toda aquella abundancia de los campos de Cafarnaum, la villa de las hermosuras delectables, donde se deslizaba su vida; toda aquella transparencia del lago de Tiberiades, donde tendía sus redes. Por eso, cuando la primera mirada de Jesús penetró hasta el fondo de aquel alma, ya fué Pedro el apóstol elegido, porque Jesús le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Joná; pero en adelante tú serás llamado Cephas (1)».

Y, á contar desde aquella hora dichosa, es en la barca de Pedro donde toma asiento Jesús para predicar á las gentes: es sólo á Pedro á quien ordena el Salvador ir más adentro en el mar, *duc in altum*: es sólo Pedro quien, al ver aquella pesca prodigiosa, cae de rodillas delante de Jesús, prorrumpiendo de este modo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador (2)»; sobrehumana humildad que recibe por premio estas palabras consoladoras: «No temas; desde este instante serás pescador de hombres (3)»: es Pedro, en fin, quien, habiendo hecho delante de Jesús esta confesión sublime é inspirada: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo», se ve más y más enaltecido, más y más recompensado con esta declaración decisiva: «Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (4)».

Había, sin embargo, en aquel corazón tan delicado y afectuoso, inexplicables desmayos; pero eran desmayos henchidos de misterio, con los cuales la Providencia de Dios se proponía vigorizar el espíritu y afirmar la fe y la caridad de Pedro, hasta que ellos parecieran confundirse

(1) Tu vocaberis Cephas, quod interpretatur Petrus. (Joan. I, 42.)

(2) Luc., V, 8.

(3) Id., id., 11.

(4) Matth., XVI, 16, 19.

con las claridades eternas. «Yo he rogado por ti—le decía Jesús en una ocasión solemne—para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos (1).» Pedro merece la severidad de su Maestro en las regiones de la Fenicia; Pedro teme y vacila sobre las ondas alborotadas del lago; Pedro, en el sacrificio de Jesús, casi en las horas de la agonía del Salvador, negará á éste tres veces: la primera, con una mentira tímida; la segunda, con un ultraje; la tercera, con un perjurio (2): mas ¡ah! la mirada de amorosísima queja que clava Jesús en su discípulo, después de esas negaciones, hace derramar las lágrimas de más ferviente contrición que vió la tierra; y esa mirada inunda ya de indeficiente luz el entendimiento de Pedro, derrite para siempre aquel alma, contiene más amor y más gloria que los anhelos y júbilos de Pedro en la transfiguración del Thabor, más dulces esperanzas que las escenas de la promesa eucarística, donde, en medio de la duda de muchos, Pedro únicamente exclama: «¡Señor! ¿A quién sino á Ti iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna (3).»

Faltaba todavía la potestad efectiva, la posesión real de las prometidas llaves del reino de los cielos; y en una risueña aurora, entre las dos mañanas benditas de la Resurrección de Jesús y de su Ascención á la diestra de su Padre, Pedro daba nuevamente á su Maestro un testimonio de incomparable amor; y entonces el Salvador del mundo, consumando sus designios, pregunta de esta manera á Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?» Pedro responde: «Sí, Señor: tú sabes que te amo». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Jesús pregunta segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro contesta: «Sí, Señor: tú sabes que te amo». Jesús repite sus frases: «Apacienta mis corderos». Por tercera vez dice Jesús: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Y Pedro, entristecido, res-

(1) Luc., XXII, 32.

(2) Besson, *Panegyrique de Saint Pierre*.

(3) Joan., VI, 69.

ponde: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas» (1). ¡Oh, eminentísimo y excelentísimo señores! «Son éstas— escribe San Bernardo— las tres afirmaciones del hombre fuerte, con las cuales quedan hermosamente expiadas las tres negaciones del hombre frágil.»

¿Y sabrá llenar esta misión altísima el Apóstol favorecido de Cristo? Una historia que no yerra, aquellos Hechos Apostólicos que constituyen la epopeya más brillante que vieron las generaciones, nos lo muestran el día de Pentecostés, en Jerusalén la ingrata, conquistando millares de corazones para la Religión de su Maestro, y confundiendo aquella raza pérfida y altiva del sacerdocio judaico con frases de perdón y de misericordia. Y, á continuación de ese pasmoso hecho, lo descubrimos predicando á Jesucristo y realizando innumerables milagros en la Judea, en la Siria, en el Ponto, en la Galacia, en la Bithinia, en la Capadocia; en la prisión en que le sepulta Agripa, donde vemos que la Iglesia toda ora por él y que un ángel lo liberta; en Antioquía, donde recibe ya los homenajes de todo el Episcopado cristiano; en la soberbia Roma, donde erige un trono á la virtud y á la mansedumbre, allí donde sólo reinan la corrupción y la fiereza. Vémoslo presidir en Jerusalén la elección de Matías y los primeros Concilios; recibir el significativo tributo de la veneración de San Pablo; escribir luego en Roma aquellas *Cartas* admirables, de sentencias profundas y de estilo elevado y majestuoso; enviar, para proseguir la conquista del mundo, á sus discípulos más amados: San Marcos, que llena el Egipto del Nombre de Jesús; San Marcial, que evangeliza las Galias; San Lino, que recorre gran parte de la Europa. Y cuando va á ser coronado aquel hermoso destino, como congruente prueba de que Pedro era el Vicario de Jesucristo, vemos una segunda cruz, elevada sobre un segundo Calvario, á las puertas de una segunda Jerusalén. Hay, no obstante, una diferen-

(1) Joan., XXI, 15, 17.



cia que embarga profundamente el ánimo; una merced obtenida de los verdugos por la humildad de Pedro, que no quiere morir del mismo modo, en la actitud y en la postura mismas en que murió su Salvador adorado. Aquellos pies, un día lavados por Jesús, se dirigen á la altura, como para buscar mejor la entrada del Empíreo. Aquella cabeza tan noble y tan erguida se inclina hacia la tierra, como para que el primero de sus sucesores recogiera más fácilmente la diadema del Pontificado (1). Así es, hermanos míos, cómo Pedro exhala el último suspiro; y con esa muerte edificante se funda una dinastía gloriosísima que cuenta ya doscientos sesenta Soberanos.

Veamos ahora lo que esa dinastía sin ejemplo ha logrado realizar en el decurso de los siglos, y hallaremos que los sucesores del primer Vicario de Cristo fueron en todo tiempo los Padres de los pueblos, que serán perpetuamente los Maestros de la verdad, que son hoy más que nunca la esperanza de la sociedad cristiana.

II

Lo que estaba en el corazón y en el espíritu de aquellos primeros Pastores, se iría desenvolviendo en la mente y en el culto: lo que vivía y palpitaba en aquellas puras conciencias, se iría desarrollando en la legislación y en la historia. En los días de las Catacumbas, eminentísimo y excelentísimo señores, Suetonio y Tácito hablaban del Cristianismo como se habla de un muerto; y, sin embargo, aquella Iglesia naciente que los historiadores romanos creían exterminada, comenzaba ya á escribir los más grandiosos y seductores poemas.

¡Qué figuras tan dignas de admiración y de alabanza van pasando por delante de nosotros! En el siglo I, aquel San Lino que llora la destrucción de Jerusalén y que combate sin tregua la *gnosis* menandriana; y aquel Clemente,

(1) Besson, loc. cit.

á cuya ciencia acude el ático Corintio y cuyas aureolas de gloria dan origen á peregrinas leyendas. En el siglo II, aquel Anacleto que, por enaltecer con singular piedad la memoria de San Pedro, mereció que reposaran sus cenizas junto al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles; y aquel Telesforo que hace cantar el himno de los ángeles: *¡Gloria á Dios en las alturas!* al principiar el Sacrificio Eucarístico. En el siglo III, aquel Fabián sobre cuya cabeza se posa una paloma, como gracioso signo de que su elección era inspirada por el Espíritu divino; y aquel Sixto II á cuyo santo recuerdo va inseparablemente unido el nombre del insigne mártir español Lorenzo, su diácono. En el siglo IV, aquel Silvestre que hace nacer el claro sol de Nicea, precedido de la aurora de Iliberi; y aquel Dámaso que simboliza con el Emperador Teodosio, hijo, como el gran Pontífice, de la madre España, la concordia feliz del Sacerdocio y del Imperio.

Y para que no se diga que vamos pidiendo afanosamente un nombre á cada uno de aquellos siglos, coloquémonos en más elevado punto de vista para hacer el examen de la historia, y nos fijaremos bien pronto en aquel Juan I á quien Teodorico y su ministro Cassiodoro confiaban una supremacía civil, que es ya el germen del poder temporal de los futuros Pontífices: en un Papa León, de arrebatadora elocuencia, azote del Maniqueo y del Nestoriano, y que con su dulce majestad ha sojuzgado á Atila: en un Gregorio Magno, el tierno amigo de Leandro de Sevilla, que engrandece al par á la Iglesia y á su ciudad amada: en un Gregorio II, viviente prueba de que los Obispos de Roma tuvieron allí, por designios misteriosos, su Silla para ser el baluarte firmísimo del Occidente contra el Oriente: en un Esteban III, que consigue hacer libre á un pueblo esclavo, y que, por haber sido el padre de ese pueblo, llega á ser providencialmente su Rey: en un Gregorio VII y un Inocencio III, los Carlomagno de la tiara: en un Urbano II, que inicia las Cruzadas de la Palestina: en un Nicolás V, que edificó tantos suntuosos templos, que pres-

tó el más generoso asilo al saber y á la desgracia, y que muere de dolor por la pérdida de Constantinopla: en un Pío II, el Eneas Silvio de gigante literatura, que se declara y muere Cruzado, con el hermoso ensueño de cortar las garras á las águilas turcas y salvar de sus rapacidades la cristiandad amenazada: en un Pío V, que contribuye eficazmente con su poder y con sus oraciones á la imperecedera fecha de Lepanto: en un León X, que le precede, protector espléndido de la poesía y de las artes, y cuyo nombre resume las glorias de todo un siglo: en un Benedicto XIV, cuyo talento abarca todas las ciencias eclesiásticas: en un Inocencio XI, en un Pío VI, en un Pío VII, prodigios de fortaleza y de justicia contra las invasiones del cesarismo moderno.

¡Ah! Decidme, hermanos míos, ¿cuándo serán debidamente ensalzados por las generaciones católicas esos colosos de la sabiduría, de la virtud y de la caridad, que fueron constantemente los fundadores de las escuelas y de los hospitales, los amparadores de todas las causas justas, los defensores de los oprimidos y los débiles, los amigos de las Monarquías rectas, los moderadores de las Repúblicas legítimas, los eternos consoladores de cuantos padecen y lloran? Para conocer todos los beneficios de que es deudor el mundo á los Pontífices de Roma, no solamente en las esferas de lo sobrenatural, sino también en orden al bienestar material de los pueblos, sería preciso abrir y recorrer esos grandes Bularios, donde hasta las bellezas del lenguaje algunas veces eclipsan los giros más elocuentes de Cicerón y Tito Livio; y allí habrían de convencerse los hombres de buena fe de que todos los propósitos, todas las ambiciones, la política toda de los Papas, se condensan en estas frases brevísimas de uno de los más ilustres de ellos, Bonifacio VIII: «Cuidar á un tiempo y con afanosa solicitud del provecho espiritual y del bien corporal de los fieles» (1).

(1) *Statui animarum et corporum securitati providere.*

La Bula *Unam Sanctam*, expedida en 1302, es uno de los docu-

Y vamos á evidenciar ahora cómo los Pontífices de Roma son asimismo los Maestros de la verdad.

Dios, señores, es la Verdad por Esencia; y si Dios es la Verdad por Esencia, y Dios es Uno, la Verdad Substantial no puede ser más que una. Jesucristo, á la vez que verdadero Hombre, es verdadero Dios, porque es el Verbo del Padre; y en el Verbo Divino, dice San Pablo (2), no puede haber alternativas de afirmación y de negación, porque Él es la Verdad Unica y la afirmación eterna. Y como Jesucristo no ha fundado sino una sola Iglesia, que es la Iglesia católica, sólo el catolicismo y su Pastor supremo han podido ser, y serán siempre, los custodios y los oráculos fidelísimos de aquella Verdad inmutable.

Y esa autoridad firmísima, esa voz poderosa que refutó con vigor los errores indo-helénicos, que condenó á Arrio en Nicea, á Macedonio en Constantinopla, á Nestorio en Efeso, en Calcedonia á Eutiques, en Tours á Berengario, en Roma á Pedro de Bruis y á Arnaldo de Brescia, al Wiclefita y al Husita en Constanza, y á los protestantes en Trento; esa voz, digo, resonará constantemente en medio de nosotros velando por el esplendor de los misterios divinos y por la difusión y la pureza de la Sabiduría verdadera. Y ¡oh Providencia bendita! Para que esa voz sea más eficaz y más pronta; para que sus ecos sean más dilatados y penetrantes, hoy que tanto falso maestro delira, que tanto falso apóstol engaña, una de esas Asambleas Ecuménicas, sobre las cuales se cierne el Espíritu de Dios que las preside, ha declarado al mundo que la palabra del Jefe visible de la Iglesia, del sucesor de Pedro, cuando éste habla—entiéndase bien—, cuando define sobre los arcanos de la fe y sobre la moralidad de las costumbres, es de todo punto infalible é irreformable.

¡Oh! ¡Deja aquí que yo te salude y te bendiga, sombra

mentos más notables y de más levantado espíritu que hayan podido emanar de la Silla Apostólica, para enseñanza de las sociedades cristianas.

(1) II, Cor., I, 19.

augusta y veneranda del inmortal Pío IX! No bastó, por cierto, á tu actividad evangélica enriquecer al mundo con el *Syllabus* de los errores modernos, aquel gran acto Pontifical, aquellas páginas de oro con las que todo sacerdote católico debe alumbrarse y fortalecerse, sino que, declarando el dogma de la infalibilidad Pontificia, quisiste resguardar para siempre á tus hijos contra los vientos de la mentira y contra las avenidas de la desgracia. Las lágrimas acuden á los ojos al recordar cuánto afligieron tu ánimo las violencias y las ingratitudes, mas nuestro pecho se siente, á pesar de esto, inundado de júbilo, considerando que anunciaste lo porvenir como los antiguos Profetas; que resististe á los impíos y á los tiranos con la serenidad y el valor de los primitivos mártires; que, al dormirte en el seno del Señor, los pueblos te han proclamado Santo, y presienten estar cercano el día en que te coloque la Iglesia en sus altares.

En vano la incredulidad moderna querrá objetarnos que la definición de la infalibilidad Pontifical es rémora y obstáculo á los vuelos de la razón y de la inteligencia. ¿Qué tiene que ver, señores, la verdad católica con la verdad científica? La ciencia humana no será nunca objeto de las definiciones Pontificias, porque la ciencia cambia, adelanta ó retrocede, y más de una teoría y un sistema que ayer se tenían por verdaderos, son luego abandonados. ¿Quién, si no, más sabio que Newton, y su teoría de la luz está, en gran parte, borrada del libro de la ciencia? ¿Y cuántas no serán las ignorancias de los sabios de hoy, que habrán de ser corregidas mañana? Las decisiones infalibles de los sucesores de Pedro se refieren solamente á la verdad religiosa, necesaria en su unidad, saludable en sus aplicaciones, indefectible en su historia; como que es divina por su origen, si bien, por más que el Evangelio de Cristo no sea una exposición de las ciencias y las letras humanas, ni la Iglesia haya de decidir nunca sobre verdades del orden puramente natural y científico, el Evangelio y la Iglesia ofrecen con superabundancia al talento y á la

fantasía todos aquellos auxilios que pueden ennoblecer y aquilatar los conocimientos humanos, esto es, la fe que los ilumina, la sobriedad que los realza, la humildad que los asegura, la caridad que los hace fecundos, el temor de Dios, finalmente, principio y base de toda sabiduría.

Pero los sabios de nuestro tiempo, eminentísimo y excelentísimo señores, no quieren ser creyentes, ni sabios, ni humildes, ni de corazón blando, ni de espíritu dócil y respetuoso. ¡Ah! Ellos se asemejan á aquellas inteligencias caídas, á aquellos ángeles rebeldes, descritos con acentos católicos por Milton (1), que discutían sobre las más arduas cuestiones y sobre los más escondidos misterios, sobre el bien, sobre el mal, sobre la libertad, sobre la Providencia, sobre el último fin; pero que, rechazando las inspiraciones del Bien sumo y de la Verdad absoluta, todo era allí una elocuencia vana y una sabiduría falsa; disfraces de la mentira, insultos de la impiedad, delirios de la soberbia, imprecaciones de réprobos y castigos apocalípticos.

Nunca, nunca con menos razón que hoy puede la incredulidad lanzar la acusación absurda de que la fe detiene las alas al pensamiento humano, porque el Catolicismo cuenta en su seno los genios más preclaros en todos los ramos del saber: hombres que bajo el magisterio de la Iglesia, y alentados y protegidos por los Papas, trabajan sin descanso por la causa de la civilización verdadera, la cual consiste en la armonía de la razón y el sentimiento, en el concierto ordenado del progreso material y mecánico con el mejoramiento moral y religioso. ¡Ah, señores! Si aspirar á la realización de este fin fuera contener la marcha del actual progreso, bien contenida estaría, que una cultura exuberante, en inteligencias extraviadas y en corazones pervertidos, es como una naturaleza espléndida para el cuerpo que murió ya á la vida. El alba, el sol, el aire, la lluvia, la noche, las estrellas, aceleran la descomposición de lo que ha muerto, aunque ellos son la alegría

(1) *Paraiso perdido.*

y la fecundidad de cuanto vive; y así el talento, y el oro, y las industrias, y las bellezas del arte, que, aliados con la fe y con la virtud, producirían el bienestar y la ventura de los pueblos, empleados en la causa del mal y del error, los empujarán fatal y necesariamente hacia su decadencia y su ruina.

Y ved aquí porqué en estos naufragios inminentes de los grandes intereses del corazón y del espíritu, las sociedades cristianas ponen su esperanza toda en Dios, por la mediación salvadora de los sucesores de San Pedro.

Sería inútil negarlo. La sociedad entera está inquieta y agitada, como quien teme á toda hora la aparición de un enemigo secreto y presente numerosas catástrofes: y son, por desdicha nuestra, tan prudentes y fundados semejantes temores que, de no intervenir la Providencia de Dios, movida por las oraciones de los justos, ese enemigo y esas catástrofes vendrán tan seguramente sobre las sociedades, que casi pudiera prefiarse la hora de su llegada, como se fija el paso de un cometa ó la hora de un eclipse. Y esto consiste, hermanos míos, en que las sociedades modernas parecen haberse olvidado de que, si todo ha sido hecho para gloria de Dios y por el amor del Verbo, cielos, mundos, naturaleza, hombre, sociedad, todo debe vivir de Dios, sin que las esferas humanas puedan ser nunca independientes de la atmósfera sobrenatural y divina que se respira en las hermosas enseñanzas de la Iglesia católica.

En el orden religioso es ya muy poco para el orgullo de la moderna ciencia combatir esa Iglesia y discutir la Divinidad de Jesucristo; y el filosofismo contemporáneo no vacila en impugnar la existencia de un Dios real y personal, cuya lumbre y cuya imagen son el principio y sello de nuestra propia vida; y aun es más inconcebible y doloroso que en esta sociedad casi pagana, vendida miserablemente á la materia, los delitos contra la Divinidad diríase que no revisten gravedad ni malicia, que no merecen ni indignación ni anatema, siendo así que ellos llevan oculto

en su envoltura atea el germen de mil crímenes de lesa humanidad y de lesa patriotismo.

Y de este desconocimiento de Dios proviene forzosamente la perturbación de las leyes morales, el falseamiento impío de ese conjunto de reglas, que son en el Catolicismo la substancia de la Religión y de la Metafísica, puesto que están encaminadas á salvar las creencias, el derecho, el deber, el hogar, las virtudes, el orden. Porque claro es que existió una moral antes de Jesucristo, y que existe una moral en las naciones que no conocen á Cristo; pero sublimada la moral por el Evangelio hasta la cúspide de la santidad, entre los hijos del Bautismo, no puede haber otra moral que la moral cristiana, y entre los pueblos cristianos no hay otra moral perfecta que la moral católica, robustecida é idealizada con todos los Sacramentos y todas las enseñanzas de Cristo. Bajo este concepto, pudiera con propiedad decirse que la moral es comparable al río que pierde su nombre primitivo cuando éste da su corriente á más caudalosas aguas; así el Misuri pierde su nombre al unirse con el Missisipi, como lo pierde el Missisipi al desembocar en el Océano.

Y falseada la idea de la moral, se falseó también la idea de la libertad; y siendo la libertad una de las más valiosas conquistas del Evangelio de Cristo, una de las más preciadas joyas de la Iglesia; de la Iglesia que rescata ó manumite al esclavo; que revela al hombre el precio y la grandeza de su conciencia; que dice á las potestades de la tierra que sólo recibirán el respeto y la obediencia de sus súbditos á cambio de su amor y su justicia; que favorece á un tiempo la libertad civil y la libertad política, esa libertad deseable la han hecho consistir los filósofos y los políticos descreídos en el *liberalismo* moderno, tan justamente condenado, porque él es el Racionalismo en acción, y se resuelve en el arte de gobernar los pueblos sin Dios y sin su Ley, y lo mismo puede ser el perverso generador de todos los despotismos que el instigador diabólico de todas las rebeliones y todas las anarquías.

Y falseadas y bastardeadas las ideas de la moral y de la libertad, restaba todavía vulnerar la justicia, y la justicia fué vulnerada. Nosotros hemos visto en los últimos tiempos cómo los grandes ambiciosos abusaron de la fuerza para desposeer á los débiles; pero nos estaba reservado, además, ser testigos de que una mano sacrílega atentaba contra la soberanía más solemnemente ejecutoriada del Derecho Cristiano. ¡Ah! La diplomacia, que ha consentido ese hecho, me recuerda los fariseos del Evangelio, que lograron convencer á todas las clases de Jerusalén de que debía ser decretada la muerte del Justo. Yo sé bien que hay una diplomacia cristiana que ama la probidad y que mantiene la justicia; pero no alcanzo á entender qué arte ó qué juego ó qué abismo ó qué conjuración es esa diplomacia moderna, que á los fuertes los dobla, á los astutos los engaña, á los honrados los fascina, á los pequeños los arrolla, á los poderosos los adula, á los desconfiados los acaricia y aquietta.

¡Oh, vosotros, Príncipes y potestades de la tierra! ¿Qué es lo que hicisteis? Vosotros me recordáis aquel severo apóstrofe de Jeremías al pueblo de Israel: «Aunque te laves con nitro y amontones *borith* sobre ti y en derredor tuyo, manchado estás delante del Señor» (1); y aquellas otras palabras de un poeta inmortal: «Permitir la libertad de hacer el mal á los hombres perversos, es enjaular el águila y dejar á los milanos y á los buitres que ejerzan sus rapiñas» (2). Vosotros os olvidasteis de que hay sobre la tierra algo mejor que los respetos humanos que guardar, y es el honor; de que, por encima de la tierra, hay mucho todavía que perder, y es la felicidad eterna: ¡ay de vosotros! Vuestra insensatez y vuestra locura se volverán contra vosotros mismos, porque ellas hicieron centuplicarse las falanges de la barbarie moderna, que aborrecen de igual modo, ¿qué digo?, acaso más aún, los tronos que los altares. Vosotros supisteis disfrazar con pérfida cortesanía

(1) Cap. II, vers. 22.

(2) Shakespeare, *Vida de Ricardo III*, acto 1.º

vuestros pensamientos y vuestros propósitos; pero esos nuevos vándalos que amenazaron á un tiempo la religión, la patria y la familia, no se toman el trabajo de disfrazar los suyos. ¡Quién sabe! Si ha de llegar el día en que se ponga el sello á la iniquidad consumada, el temeroso instante en que el augusto despojado de la Roma cristiana tenga forzosamente que emprender el camino del destierro, buscando hospitalidad en suelo menos ingrato, esa, esa será tal vez la hora terrible en que comiencen las expiaciones y las catástrofes, suspendidas hoy, como por un cabello, sobre los imperantes de la degenerada Europa.

Y sin embargo, ¡oh consuelo!, aun cuando los Pontífices de Roma lamenten la pérdida de su reino temporal, no por ellos ciertamente, sino por la Iglesia que rigen y por la Cristiandad que apacientan; aunque vivan, como realmente viven, prisioneros en su propia morada, ved cómo se conducen en medio de su dolor y de su prueba: trabajan infatigables para afianzar la Soberanía de Jesucristo en las sociedades; cifien mil coronas de amor á las sienas de la Virgen María, ensalzan fervorosamente la gloria de los bienaventurados y, ¡quién lo creyera!, dedican todavía sus afanes en favor de las potestades del mundo, por doquier amenazadas, hasta el punto, hermanos míos, de que ese Pontífice desposeído y vigilado es hoy figura interesantísima para todos los gobernantes de la Europa, los que van quizá comprendiendo que sin la libertad, sin la protección, sin la triple diadema de los sucesores de San Pedro, ni está asegurada la corona de los Reyes, ni lo está tampoco su vida.

¿Qué es, si no, lo que ha hecho el esclarecido Pastor que rige hoy la nave de la Iglesia? ¡Ah! Él inauguró su reinado enviando luces del Cielo á todas las naciones de la Europa y la América, y suspiros de caridad á todos los pueblos del Oriente, porque Dios quiso infundirle el genio de la conquista pacífica, de la atracción por el Evangelio, en todas las latitudes.

Él muestra el alto destino de la razón y la Filosofía,

complaciéndose de paso en aquella sana Escolástica cuyos más famosos maestros sabían extraer el oro purísimo que se oculta bajo el polvo de la Escuela, según la feliz expresión de Leibnitz; y si León XIII dice, con el Cardenal Cayetano, que «por la suma veneración con que honró Santo Tomás á los doctores de la Iglesia, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos», nosotros decimos que él, por su entusiasmo y su amor para el Doctor Angélico, ha participado de las intuiciones teológicas y de los arrobamientos Eucarísticos de Tomás de Aquino.

Él, esmaltando naturalísimamente el pensamiento con la literatura y el arte, cuyas primorosas galas hacen más brillante el saber, como hacen más amable la virtud, enseña á Príncipes y pueblos las íntimas relaciones de la autoridad con la obediencia; relaciones que producen hermosos triunfos del espíritu y páginas memorables del libro de la historia; y en el estudio de la constitución de los Estados Cristianos asciende sin esfuerzo á la encumbrada altura que escalaron los grandes publicistas católicos, probando una vez más que los despotismos universales no tuvieron sino un solo enemigo declarado y fuerte, y que ese enemigo fué el Papa.

Él, paladín de la Madre de Dios, como Pío IX, cantó respectivamente, con los enérgicos acentos de un San Epifanio, con la dulzura de un Bernardo de Clairvaux, con el celo de un Domingo de Guzmán, las excelencias de la Virgen María, las inefables consolaciones de su culto y los portentos del Rosario; advocación esta última que presenta especialísimos títulos al reconocimiento y á las bendiciones de todos los españoles.

Él ha dicho sobre la libertad humana cosas tan trascendentales, tan henchidas de la sublime ciencia teológica, que se apoya siempre en alguna premisa revelada; tan basadas en la rigurosa deducción filosófica y en las profundas máximas del moralista, que no acertamos á distinguir, porque se pierden entre nubes, las cimas de donde viene tanta sabiduría.

Él, recordando que el Exodo tiene sentidos elogios para el sencillo obrero (1); que en el Libro del Eclesiástico (2) se dice «que será dulce la vida del operario contento de su suerte», declara y regula con especial amor los derechos y los deberes de los hombres del trabajo material y de las privaciones dolorosas; y siempre que los recibió en su propia morada, les decía con su emoción, con sus sonrisas, con sus lágrimas, con sus frases, que si las jerarquías son necesarias, porque están impresas en el Cielo y en la Naturaleza, allí, en el Vaticano, en el templo del Dios vivo, ante el altar y el tabernáculo, en los convites místicos, ellos eran para él, como lo eran para Jesucristo, iguales á los magnates y á los Emperadores de la tierra.

Y en suma, hermanos míos: circundada la frente con las aureolas de predestinaciones altísimas; de labio abundante como su corazón, pero con esa abundancia discreta en la que nada sobra y en la que nada falta; ardiendo en el fuego de la caridad, que es como vasto incendio en los santos ancianos cuando miran ya vecino el instante de las supremas despedidas, el sapientísimo León XIII pone en el corazón de los fieles, en toda la sociedad cristiana, un mundo de esperanzas y promesas, una vislumbre bienhechora de días más apacibles para la Iglesia de Cristo, de providenciales reparaciones para el Vicario de Cristo, de júbilos perdurables para los adoradores de Cristo, de venturas legítimas y de sólidas civilizaciones para los pueblos que adquirieron su grandeza bajo el lábaro redentor del Evangelio de Cristo. ¡Oh, tú, Padre tierno y muy amado, Pontífice celoso, como Pedro, de la regeneración del mundo y de la salvación de las almas! Si el genio del mal y del error puede desconocerte y combatirte, porque eres el órgano infalible de la verdad que él ataca y de la moral que él infringe, nosotros daríamos, en cambio, por tu amor hasta la sangre y la vida, porque tu mano nos bendice, y tu boca nos enseña, y tu oración

(1) Cap. XXXV.

(2) Cap. XL, 18.

nos salva. Los ambiciosos de la tierra han podido arrebatarte una de tus coronas; pero el nimbo que ella dejó en torno de tus sienes, ningún fuerte armado lo borrará jamás, porque lo trazó el Cielo. ¡Haga la Providencia Divina que ese palacio del Vaticano sea para ti lo que fué el monte de las Olivas para el Salvador del Mundo: es decir, que si hoy es mudo testigo de tus angustias y de tus heroísmos, como lo fué Gethsemaní en la Oración suprema de Jesús, lo sea también en su día de tus triunfos y tus glorificaciones, como lo fué aquel Monte sagrado en la espléndida mañana de la Ascensión á los Cielos!

He concluido, eminentísimo y excelentísimo señores; y resumiendo brevisísimamente las ideas enunciadas, yo exhortaré, yo conjuraré á cuantos se precien de hijos fieles y sumisos de la Iglesia Católica, para que lleven el tributo de su veneración y de su amor á los Pontífices de Roma; porque ellos representan siempre á Pedro, se ofrecen al espíritu cristiano como la representación de la persona misma de Pedro, aquel gran elegido de Jesús para perpetuar su Sacerdocio; aquella alma escogida que tuvo sus huracanes y sus borrascas, como los tenía con frecuencia el lago de Genesareth, que proveía á su sustento, pero que fué sin par para amar á Jesús, para extender y glorificar su nombre, y para verter el llanto de la más férvida contrición hasta la muerte. Amemos, sí, mis amados hermanos, con todo nuestro corazón, «con el corazón de nuestro corazón», en frase de un hombre extraordinario, á los sucesores de San Pedro, que ya siendo los *Padres de los Padres* en las generaciones de la fe, ya siendo *Siervos de los Siervos de Dios* en las manifestaciones de la caridad, ampararon y protegieron los pueblos con vigilancias indecibles y con solicitudes paternales; custodiaron el depósito de la doctrina con sabiduría de Querubines y con intrepidez de Mártires, como quien tiene la misión de guardar en toda su integridad la Palabra Eterna del Entendimiento del Padre y de difundir sobre el mundo la inextinguible llama del Paráclito; mantienen, finalmente, el sol de la esperan-

za en los verdaderos hijos de la Iglesia de Cristo, infundiéndoles seguridad perfecta de que en la nave que conducen, como en la popa de aquella afortunada barquilla que parecía naufragar en el mar de Tiberiades, está velando siempre, pronto á imperar á los vientos y á serenar las olas, el mismo Jesucristo. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.* Amén.



VH
SP
1.550

Este Sermón fué impreso en los primeros días de Julio de 1894, por acuerdo y á expensas del entonces Excmo. y Rmo. Señor Nuncio de Su Santidad, y después Eminentísimo Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Monseñor Serafín Cretoni; por lo cual, el autor creyó deber colocar al frente del discurso la siguiente dedicatoria:

A Su Excelencia Reverendísima Monseñor Serafín Cretoni,
Arzobispo de Damasco, Nuncio de Su Santidad en estos
Reinos de España, etc., etc.

Sentimientos profundos y perdurables de afecto y gratitud graba en mi espíritu el bondadoso deseo de V. E. Rma. de que salga á la luz pública esta Oración Sagrada. Sin mérito real y suficiente para obtener distinción en tal manera honrosa y estimable, yo he creído adivinar lo que V. E. Rma. vió en mi humilde trabajo, para mostrar hacia él tan señalada benevolencia: pudo sólo descubrir V. E. Rma. que eran el corazón y el alma los que ponían en mis labios aquellas frases de entusiasmo ardiente, de adhesión firmísima, de amor tierno y sin límites para la Santa Sede y para la persona veneranda del Augusto Pontífice que rige hoy la nave de la Iglesia.

Sírvase ahora permitir V. E. Rma. que yo le dedique estas sentidas páginas: y ¡ojalá que la Providencia Divina colme perpetuamente á V. E. Rma. de todos los ricos dones y todos los saludables frutos con que el Espíritu Consolador favorece y ensalza á los grandes elegidos; ya para la propia justificación de V. E. Rma.; ya para el más fecundo desempeño del encargo hermoso y difícil que el Padre Universal de los fieles se dignó confiar á la sabiduría y al celo de su Legado; ya, en fin, para que reciban aumento (como lo recibirán de seguro) la alta consideración, la dulce simpatía, y el acendrado y respetuoso cariño que tan cumplidamente ha sabido captarse V. E. Rma. en esta noble tierra de España!

Madrid, Julio de 1894.

Excmo. y Rmo. Sr.

Francisco Sánchez Juárez.



1030026

